

SOLEMNIDAD DE LA INMACULADA CONCEPCION

Esta fiesta de la Virgen es una de las tres más importantes de las Fiestas Marianas: La Maternidad Divina de María; la Asunción de Nuestra Señora y su Concepción Inmaculada.

La Iglesia de una forma expresa se ha pronunciado en la Confesión de estos títulos o Realidades Marianas. El concilio de Efeso proclamó de manera clara y concisa la Maternidad Divina de la Virgen; Pío IX, apoyándose en su infalibilidad, en comunión con toda la Iglesia, decretó como dogma de fe la Concepción Inmaculada de María; lo mismo haría más tarde Pío XII acerca de la Asunción de la Virgen.

Una homilía no es una conferencia, por lo tanto no vamos a pretender exponer en todas sus dimensiones el Misterio de la Inmaculada Concepción, sería imposible, sino celebrar este Misterio, contemplando algunos rasgos del mismo.

Voy a moverme en tres niveles a la hora de decir algo de esta Solemnidad: la Liturgia eucológica de la Misa; la Liturgia de la Palabra de la misma y por último la Fiesta de la Inmaculada en el Adviento.

No debemos olvidar que la Liturgia en algunas fiestas respeta el orden cronológico hasta cierto punto a veces un poco exagerado. Si celebramos el día 25 de Diciembre la Natividad del Señor, el día 25 de Marzo se debe celebrar su Anunciación; dando lugar a veces a algo que podíamos llamar como poco coherente y paradójico.

Si celebramos el día 8 de septiembre el Nacimiento de María; el día 8 de diciembre debemos conmemorar su Concepción; por lo tanto es un poco forzado el insistir demasiado en la vinculación del Adviento con la Solemnidad de la Inmaculada Concepción, pues el motivo de la celebración de esta Fiesta es el orden cronológico, aunque existen, como veremos, muchos puntos comunes.

Si la Eucología: los textos que la Iglesia expone para una Fiesta es importante a la hora de la celebración de la misma, lo es mucho más, cuando esta Fiesta no está de una forma explícita en la Sagrada Escritura; es decir, debemos apoyarnos mucho en los textos eucológicos para ver y percibir el significado de algunas celebraciones: como es el caso de la Inmaculada Concepción.

Analizamos, aunque someramente los cuatro textos de la Misa: Oración Colecta; Oración sobre las Ofrendas; el Prefacio y la Oración después de la Comunión.

Tres ideas emergen claramente de la Eucología: Preservar de toda mancha a la Virgen en su concepción; hacer una digna morada para el Señor; la Concepción de María Inmaculada está relacionada con el inicio de la Iglesia.

Para comprender esta Fiesta es necesario decir que el significado de Pecado Original tiene connotaciones diversas. No se trata sólo de algo puntual, sino que sus derivaciones también cuentan. María en su Concepción inmaculada queda orientada hacia Dios; no existe en ella desarreglo moral. Quizá la doctrina de San Juan de la Cruz acerca de la Noche, acerca de la Purificación del alma, por parte de Dios nos pueda ayudar. Podemos decir que existe una liberación moral que María la adquiere desde su Concepción en previsión a los méritos de su Hijo; existe una madurez teologal, que María irá adquiriendo en su vida. No siempre resulta fácil unir ambas dimensiones: la plenitud moral (Dogma de la Inmaculada Concepción) y la plenitud teologal, que María va alcanzando al paso de Dios sobre ella.

Todos los textos eucológicos indican que María queda libre de toda mancha de pecado.

Las Oraciones Colecta y sobre las Ofrendas hablan, no ya solamente de pecado original, sino también de toda repercusión de este pecado: “... *que por la concepción inmaculada de la Virgen María... la preservaste de todo pecado*”; “... *y así como a ella la preservaste limpia de toda mancha.*”.

Una forma reduccionista a la hora de hablar del pecado original, como si se tratara de algo delimitado, de una deuda, que se paga, no serviría para su exacta comprensión. El pecado original empezó pues cuando la humanidad se hace por sí sola la última fuente de referencia ética y cree que ella misma puede decir lo que está bien y lo que está mal sin tener en cuenta a Dios, que en definitiva quiere el bien del hombre y de la mujer.

El Prefacio y la Oración después de la Comunión expresan con más claridad que se trata del pecado original, del primer pecado: “...*Porque preservaste a la Virgen María de toda mancha de pecado original* “. Mancha aquí indicaría de toda secuela, de todo desarreglo, de todo lo que puede impedir el caminar según el querer de Dios. El pecado original que es el primer pecado: “...*repare en nosotros los efectos de aquel primer pecado del que fue preservada... la Inmaculada Virgen María*”

Toda la Eucología a la hora de hablar del Misterio de la Concepción inmaculada tiene presente que se trata de una liberación de un pecado, primero u original, que tiene sus secuelas negativas.

Hay otra idea patente: La Concepción inmaculada es la preparación de una digna morada de su Hijo. No se trata de hermosear la Casa, sino de hacer que ésta nunca se afee, que sea “merecedora” del Hijo de Dios: “¡ *Oh Dios ¡, que por la concepción inmaculada de la Virgen María preparaste a tu Hijo una digna morada...*” (Oración Colecta). El Prefacio, con la concisión propia de la liturgia romana; pero con el entusiasmo del hombre que acepta los planes de Dios, cantará: “...*Purísima había de ser, Señor, la Virgen que nos diera el Cordero inocente...Purísima la que, entre todos los hombres, es abogada de gracia y ejemplo de santidad*” Desde aquí podemos unir la Solemnidad de la Inmaculada Concepción con el tiempo de Adviento.

Todos los privilegios de María dejan en nosotros una resonancia salvífica, nos atañen a nosotros, marcan en nosotros una huella positiva. La relación María e Iglesia está expresada de una forma clara en la Eucología.

En las Oraciones Colecta y sobre las Ofrendas la Iglesia pide al Señor que María, por su intercesión, nos merezca esa limpieza, que el Señor le concedió: “...*Concédenos por su intercesión llegar a ti limpios de todas nuestras culpas*”; “... *guárdanos también a nosotros, por su poderosa intercesión, limpios de todo pecado*” En el Prefacio se indica cómo en la Concepción inmaculada de María tiene comienzo la Iglesia y un comienzo feliz: “...*y comienzo e imagen de la Iglesia, Esposa de Cristo, llena de juventud y de limpia hermosura*” La carta a los Efesios nos ayudará a comprender esta relación. El Concilio Vaticano II dedicará el capítulo 8 de la Lumen Gentium en hablar sobre la relación Iglesia-María.

Examinemos ahora rápidamente la Liturgia de la Palabra de esta Solemnidad. Diremos de entrada que toda la Liturgia de la Palabra nos ayuda a entender el contenido dogmático de este Misterio, expresado ya en la Eucología.

Algo sucedió a nuestros primeros padres; lo que aconteció tiene una influencia, una repercusión en nosotros. La primera lectura es del Libro del Génesis, 3, 9-15.20. El primer libro de la Biblia nos cuenta la creación del hombre por parte de Dios; después nos narra que el hombre pecó y que culpó a la mujer como defendiéndose delante de Dios; por último el hombre merece un castigo; pero ya en este castigo se vislumbra la salvación del mismo hombre. *“La mujer que me diste por compañera me ofreció el fruto del árbol, y comí”*. La mujer se defiende y hace culpable a la serpiente: *“La serpiente me engañó, y comí”*. El hombre ha dejado de mirar a Dios, le ha dado las espaldas, no quiere obedecer sus mandatos, desea ser como El, no en santidad, sino en poder, ser el centro. Aquí la mujer es punto referencial en lo que atañe al pecado, ella será siempre considerada como la “fuente” del mal; pero ya desde entonces se comienza a hablar de otra mujer, de la cual nos llegará la salvación y ella será la primera salvada. *“Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje (le dice a la serpiente) y el suyo”*. Todos los Padres de la Iglesia han visto en esta mujer a la Virgen María.

Este texto bíblico no nos dice nada acerca de cómo será la concepción de esta mujer; pero poco a poco la Iglesia, apoyada en la Tradición, irá descubriendo que la primera liberada de este pecado es esta mujer, de la cual nacerá la estirpe que aplaste, venza el poder de la estirpe del pecado, de la serpiente. María, siempre obediente a la palabra de Dios, ha recuperado el orden roto, destruido. Primeramente en ella se ha realizado esta recuperación y después en los demás.

La segunda lectura está tomada de la Carta a los Efesios 1, 3-5; 11-12. Después del saludo dirigido a los de Efeso, San Pablo comienza a hablar del Misterio de Cristo y de la Iglesia (de María), comenzando por la exposición del plan salvador de Dios. San Pablo no habla aquí directamente de la Virgen María, sino de la Iglesia; pero nosotros después del Vaticano II vemos con más claridad y más conveniencia el unir en una misma suerte a la Iglesia y a María, pues ésta es la expresión más prístina, más clara de la Iglesia. Dios ha querido que sin María no se dé la realidad de la Iglesia.

Comentamos algunos versículos de este texto bíblico: *“El nos eligió en la persona de Cristo – antes de la creación del mundo- para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor”*

Todos hemos sido elegidos por Dios en el amor, hemos sido pensados desde la creación del mundo para convertirnos en santos. En María esta elección ha alcanzado una expresividad muy notoria tanto en el significado como en su indicación: en su Concepción esta elección por parte de Dios no es una afirmación normal, sino especial, paradigmática, pues ha actuado de una forma especial.

Dios tenía un proyecto para toda la humanidad que ahora se nos ha revelado en Cristo y tiene un proyecto benévolo para cada uno de nosotros.

“El nos ha destinado en la persona de Cristo... a ser sus hijos, para que la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en su querido Hijo, (María será Inmaculada en su concepción en previsión de los méritos de su Hijo) redunde en alabanza suya” Dios nos ha creado teniendo a Cristo como modelo, y haciendo surgir en nosotros sus características conseguimos parecernos cada vez más a su proyecto original.

La Liturgia aplica a María la realización anticipada de este proyecto: *“Se preparó así una Iglesia (María) esplendorosa, sin mancha ni arruga ni cosa parecida; una Iglesia (Madre) santa e inmaculada”* (Efesios 5, 27). El Prefacio cantó: *“... Comienzo e imagen de la Iglesia... llena de juventud y de limpia hermosura”*

El Evangelio está tomado del evangelista San Lucas, 1,26-38 (Anuncio de la Encarnación de Jesús). El Evangelio no nos narra la Concepción de la Virgen Inmaculada; Dios no le pidió parecer a María en su concepción; pero sí le pide su sí en la Concepción de su Hijo.

El versículo 15 del capítulo tercero del Génesis, conocido como el “Protoevangelio” ya comienza a realizarse. María como la nueva hija de Sión, el resto de Israel, en los que se cumplen las promesas.

El ángel Gabriel comunica a María el plan de salvación que Dios tiene sobre ella; ya había puesto en marcha parte de este plan, haciendo que su concepción fuera sin mancha; ahora le comunica algo más: “*Concebirás (tú, la que fuiste concebida sin pecado original) en tu vientre y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo*”. María en su concepción inmaculada no puso objeciones al Señor; todo fue pura gracia; ahora en la concepción de su Hijo en su vientre tampoco pone dificultades, sino que pide aclaraciones, explicaciones: “*El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra*”

Dios Padre actúa en la Concepción inmaculada de María, teniendo presente los méritos de su Hijo; ahora actúa en la Concepción de su Hijo en el vientre de María mediante la colaboración del Espíritu Santo.

Quizá la actitud más bella, más coherente ante todos los Misterios de Dios sea el Amén por parte de las criaturas; pero juntamente con el Amén, una explicitación del mismo:

“*Cantad (Yo la primera) al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas*”. Estribillo del salmo responsorial, que ponemos en boca de la Virgen, pues su vocación es la alegría en el Señor: “*Alégrate, hija de Sión... El Señor, tu Dios, está en medio de ti, y ya no temerás*”.

El anuncio de la concepción de un niño siempre es una grata noticia, máxime cuando se dan circunstancias especiales. La Concepción inmaculada de María y la Concepción del Hijo de Dios en el vientre de María son dos realidades, que jamás comprenderemos mirándolas con los ojos humanos, pues son un Misterio, en el cual Dios se recrea y recrea. “*Purísima había de ser, Señor (Padre Todopoderoso) la Virgen que nos diera el Cordero inocente (inmaculado) que quita el pecado del mundo*”.

“Este tiempo (el Adviento), como han observado los especialistas en liturgia, puede ser considerado como un tiempo particularmente apto para rendir culto a la Madre del Señor” (Marialis cultus, n.4).

En la octava que precede a la Navidad (días 17-24) la presencia de María se acentúa de una manera muy sensible y especial.

En la primera parte del Adviento celebramos siempre la Solemnidad de la Inmaculada. María es una Maestra y un Modelo para el Adviento.

Si, como dijimos al principio, no celebramos la Solemnidad de la Inmaculada por ser el Tiempo de Adviento, sino por su sentido cronológico, no obstante esta Fiesta con su significado teológico, expresado en la Eucología y su explicación en la Liturgia de la Palabra, nos puede y de hecho nos ayuda en gran manera en la preparación para la Venida del Señor. Vivir el Misterio de la Inmaculada en una invitación a hacernos de nosotros una Digna Morada para el Señor y darle la bienvenida al Señor, que viene a nosotros. Madre Inmaculada, enséñanos a vivir el tiempo del Adviento.

